

**Ensayo** Branchadell revisa la historia de la lengua catalana y desmiente tanto sus versiones mitificadas como las autoflagelantes

## De Salses a Yerba

**Albert Branchadell**  
**L'aventura del català. De les 'Homilies d'Organyà' al nou Estatut**

L'ESFERA DELS LLIBRES  
186 PÁGINAS  
19 EUROS

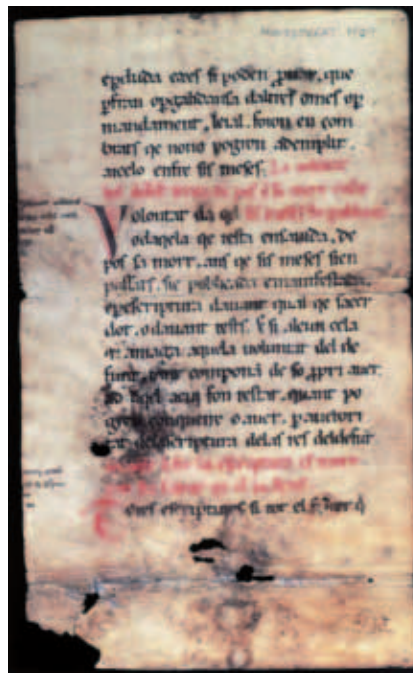
**MIGUEL PORTA PERALES**

En Catalunya, la cuestión de la lengua siempre está a la orden del día por motivos e intereses diversos. Así, entre otros, hay quien –inspirándose en las brumas del romanticismo alemán y las nieblas de la Renaixença– se empeña todavía en otorgar a la lengua catalana el papel de depósito, espejo y expresión de la esencia, el espíritu y el alma del pueblo catalán; quien se autoflagela preguntándose una y otra vez por el retroceso y muerte del catalán por culpa del imperialismo lingüístico español y francés; quien diseña políticas de inmersión y normalización –en las que se persigue y multa la herejía lingüística– ignorando que no son las lenguas las que escogen a los hablantes, sino al revés; quien estudia la evolución histórica y el futuro del catalán. En consonancia con esta última línea de investigación y reflexión, Albert Branchadell (Barcelona, 1964), autor de *La normalitat improbable* y *La hipòtesi de la independència*, acaba de publicar *L'aventura del català*, en que –como indica el subtítulo– narra la suerte de la lengua *De les 'Homilies d'Organyà' al nou Estatut*.

El libro tiene una manifiesta voca-

ción pedagógica. De hecho, se trata de un manual de preguntas y respuestas. ¿El origen de la lengua catalana? El catalán –lo que con posterioridad se denominará *catalán*– se constituye en el siglo VIII a uno y otro lado del Pirineo, ocupando sólo una parte de lo que hoy llamamos Catalunya, cuando se empieza a hablar un latín que ya no es propiamente latín. ¿El primer texto escrito *básicamente* en catalán? Probablemente, el cuaderno de agravios de Guitard Isarn, sobre la custodia del castillo de Cabote, en el siglo XI. Y de la misma época sería el primer texto literario escrito en catalán, la *Cançó de Santa Fe*, que el autor valora más que las *Homilies d'Organyà*, un sermonario sin mayor valor. Y llega la expansión del catalán –de Salses a Yerba y de Fraga a Constantinopla– que, parafraseando a Nebrija, fue compañero del imperio. Del imperio catalán, se entiende. Al respecto, Branchadell reconoce lo que algunos todavía niegan: que el catalán fue exportado gracias a “una violencia antigua” con “limpieza étnica” incorporada. Es decir, por la fuerza de las armas. Ejemplos: Mallorca y Valencia, sin ir más lejos.

Puestos a deshacer tópicos, Brancha-



'Liber iudiciorum' (siglo XII)

dell constata que Jaume I no se distinguía por usar el catalán y que el catalán siempre convivió con otras lenguas –el castellano, por ejemplo– incluso antes del Compromiso de Caspe y del 11 de septiembre de 1714. Adiós, pues, a una imaginada edad de oro en la que Catalunya era una realidad lingüísticamente homogénea. Por lo demás –en la línea del denostado Juan Ramón Lodares–, el autor señala que el Decreto de Nueva Planta no prohibió del todo el catalán, ni impidió su uso en la Audiencia, la escuela, la iglesia, la notaría y la literatura. Al parecer, la política lingüística española a partir del XVIII no buscaba la sustitución, sino la diglosia.

¿La resurrección del catalán durante la Renaixença del XIX? Branchadell, aplicando la lógica de primer orden, afirma que es imposible que el catalán rena-

ciera porque no estaba muerto. Entrados en el XX, el autor muestra que la II República estableció –tome nota el catalanismo republicano de hoy– que la enseñanza se impartiera en lengua materna catalana o castellana, que durante el franquismo los problemas del catalán fueron de más a menos, y que con la democracia y la autonomía el catalán se transformó, como dice la ley, en la lengua de “uso normal y preferente”. Un par de ideas recurrentes que incomodarán al carlismo lingüístico catalanista. Primera: Catalunya nunca ha sido monolingüe. Segunda: el catalán, como la Tierra, morirá; pero, el deceso llegará a muy largo plazo y la culpa no podrá atribuirse a ese supuesto enemigo secular llamado España, sino a los propios catalanes que dejen de hablarlo. Aunque también es posible, concluye el autor, que el catalán sólo desaparezca cuando el mundo deje de ser mundo. En fin, se augura un buen futuro para el catalán frente a la lingüística apocalíptica que cada diez años anuncia su muerte inminente.

Albert Branchadell ha escrito un libro ameno y recomendable. Por varias razones: porque relata las vicisitudes del catalán sin caer en las tediosas maneras de la filología catalana más tradicional; porque huye de la corrección política de una lingüística patriótica enquistada en la llamada reconstrucción nacional; porque desvela las falsedades y mitos institucionalizados; porque no usa la lengua como arma de combate, ni cae en el maniqueísmo de los profesionales de la queja y la catástrofe; porque se propone algo tan elemental y conveniente como el conocimiento de la realidad. |

## Biografías

# El presidente ya tiene quien le escriba

**Carlos Abella**  
**Adolfo Suárez.**  
**El hombre clave de la transición**  
Prólogo de Raymond Carr

ESPASA  
575 PÁGINAS  
27,90 EUROS

**Manuel Ortiz**  
**Adolfo Suárez y el bienio prodigioso (1975-1977)**  
PLANETA  
287 PÁGINAS  
21,00 EUROS

**José García Abad**  
**Adolfo Suárez. Una tragedia griega**

LA ESFERA DE LOS LIBROS  
596 PÁGINAS  
13 EUROS

Adolfo Suárez, durante un acto de la extinta UCD

FOTOGRAFÍA EFE

**JOAN LLUÍS PALOS**

No está muerto pero hace ya tiempo que no habita entre los mortales.

Adolfo Suárez ni siquiera es consciente de que su nombre figura en todos los manuales escolares de historia de España por haber pilotado, como presidente del Gobierno, el proceso que transformó un régimen autoritario en un sistema de libertades. Desde que en el año 2001 se hicieron manifestaciones las señales de un proceso degenerativo (¿alzheimer? ¿demencia?) su existencia ha perdido todo contacto con la realidad.

¿Es casualidad que en poco tiempo hayan aparecido tres estudios sobre Suárez que, además, destilan generosidad en sus elogios hacia quien en su momento fuera calificado, entre otras lindes, como taur del Mississippi?

Desde luego, esta coincidencia tiene un cierto aroma de restitución. A fin de cuentas, el mejor retrato del personaje disponible hasta el presente era el texto, tan brillante como cruel, que en 1979 le dedicara Gregorio Morán. Los ocho años de gobierno de quienes no dudaron en presentarse como sus continuadores políticos hicieron bien poco por remediar esta situación. Al margen de algunos homenajes, sus escasas apariciones públicas en la última década han estado relacionadas con los duros acontecimientos que han golpeado su entorno familiar. Ha sido preciso que las bondades de la transición fueran cuestionadas

por dirigentes actuales para despertar conciencias adormecidas. Aún con todo, estamos ante libros muy diferentes.

Manuel Ortiz ha escrito una crónica política de los dos años transcurridos entre mediados de 1975 y de 1977 cuando, a su juicio, tras las elecciones del 15 de junio y el retorno de Tarradellas, el 23 de octubre, puede darse por concluida la etapa decisiva de la transición. Como hilo argumental, la legalización del Partido Comunista y el miedo al rumor de sables. Y un apartado testimonial de algunos de los que fueran sus principales colaboradores que se presenta como la aspiración de suplir las memorias que Suárez ya nunca escribirá.

Sin abandonar la admiración por el personaje, el libro de Carlos Abella es el que contiene una mayor carga crítica y una tesis más definida: en los sistemas

parlamentarios consolidados el principal adversario político del gobierno se encuentra en los escaños de la oposición. Pero en los gobiernos de Adolfo Suárez esta tarea no la desempeñó el PSOE, temeroso incluso de alcanzar el poder antes de encontrarse suficientemente preparado, sino el ejército. Efectivamente, la decisión de legalizar al Partido Comunista en abril de 1977 fue considerada como una traición por gran parte de los mandos militares. La escalada terrorista en los años posteriores y la propia evolución de un Suárez, progresivamente aislado (sobre todo desde su encerramiento en la Moncloa a partir de enero de 1977) y fracasado en los intentos por poner en orden su partido, contribuyeron a consolidar la idea de su incapacidad para gobernar España.

Por su parte, el objetivo principal de

José García Abad es dibujar el perfil humano del personaje. Para ello recorre todo el arco de su vida: desde Cebreros a Madrid, su estrategia de ascensión en el régimen franquista, su etapa como director de RTVE, su relación decisiva con su mentor, Herrero Tejedor, y los movimientos que le permitieron colocarse en la terna de candidatos que en julio de 1976 llegó a la mesa del Rey. Pero su mirada se detiene sobre todo en su decadencia –la tragedia griega– que comienza con la frustrante experiencia del Centro Democrático y Social entre 1981-1991, la posterior caída en el olvido y el drama familiar (el cáncer atrapanado sin piedad a las mujeres de la familia) hasta culminar en su desmoronamiento psíquico. El suyo es un intento de comprensión del personaje a partir del concepto del desclasamiento: ni sus artes ni su encanto le permitieron ser aceptado por una elite social y política que jamás le consideró uno de los suyos y no perdió ocasión de mostrarle su desprecio.

Frente a aquellos que pretenden hacernos creer que el actual sistema de libertades no es sino la continuación del régimen instaurado por la segunda República, estos tres libros coinciden en una valoración de fondo: la transición a la democracia fue impulsada por criaturas del franquismo cuyo punto de referencia no tenía nada que ver con el período republicano, sino con las democracias liberales europeas. |

